

Madre de Chantal, en aquellos dos años tan cortos, pero tan preciosos, de la fundación. Vino, en efecto, y tenemos que renunciar al placer de pintar la alegría de esta venerable anciana al volver á ver su primera habitación. Se arrastraba de rodillas por todos los cuartos, besaba la tierra de todos los lugares en que había visto á uno ú otro de los Santos Fundadores. Diez días pasaron en estas piadosas peregrinaciones, y en interminables conversaciones, consagradas por esta Hermana á contar, con una memoria tan fresca como si hablase de lo que pasó la vispera, los ejercicios y fervores de la santa Madre de Chantal y de sus hijas (1).

Estas notas, recogidas de lo contado por la venerable Madre Fichet, son las que nos han suministrado los detalles, hasta ahora inéditos, de los dos primeros años de la Visitación.

(1) La casita de la Galería pertenece hoy á las Hermanas de San José; no existe en poder de las religiosas de la Visitación desde el año 1793. —(Nota de la traductora.)



CAPÍTULO XV

Primeras pruebas de la Visitación naciente.—Construcción del primer monasterio de Annecy.

1612—1614

MIENTRAS tanto, las pruebas, que son la condición esencial de todas las cosas grandes del mundo, no faltaron á la Visitación naciente. Apenas se hizo la fundación, cuando cayó mala la fundadora. Sus enfermedades eran de un carácter raro; unas veces le daban accidentes tan violentos, que parecía iba á expirar, y otras se hinchaba de repente y perdía el uso de la palabra. Los médicos á quienes se consultaba no sabían qué decir. «Recomiendo á vuestras oraciones—escribía San Francisco de Sales—á la Madre Abadesa de nuestra nueva colmena; está padeciendo tan graves enfermedades, que nuestro buen señor de Grandis, aunque es uno de los mejores médicos que he conocido, no sabe qué remedio dar á sus males, que dice tienen una causa no conocida por Galeno. No sé si el diablo quiere espantarnos con esto, ó si esta buena Madre es demasiado dura consigo misma... Pero sea lo que quiera, tengo tan en el corazón esta empresa, que nada me admira en su ejecución, y creo que Dios hará de esta buena Madre una Santa Paula, Santa Angela, Santa Catalina de Sena, y tantas otras viudas que, como her-

mosas y odoríferas violetas, han sido tan agradables en el santo jardín de la Iglesia (1).»

Viendo San Francisco de Sales que los médicos de Annecy se declaraban impotentes para curarla, hizo venir de Ginebra un doctor muy célebre, el que después de haber examinado muy despacio á la enferma, dijo que estos accidentes eran muy raros, y fuera de las leyes ordinarias y generales de la naturaleza; y por último, aunque era protestante, declaró «que siendo esta señora tan sumamente virtuosa, no sería dudoso el que un resorte y agente celestial fuese el móvil de sus padecimientos (2).»

Entonces se vió brillar el admirable desasimiento de los dos Santos Fundadores. «¡Hija mía—dijo un día San Francisco de Sales á la Madre de Chantal, que estaba entonces de sumo peligro;—tal vez quiere Dios contentarse con nuestra buena voluntad, como en otro tiempo se contentó con que Abraham levantase el brazo para sacrificar á su hijo. Si así fuera, sea bendito su santo nombre!»

«Si, mi muy amado Señor—respondió la enferma,—hágase su voluntad en el tiempo y en la eternidad.»

En otra ocasión dijo también estas hermosas palabras: «Hija mía, si Dios quiere que volvamos atrás á la mitad del camino, es menester estar tan prontos para dejarlo como para tomarlo (3).»

Y en una carta escribía: «Os pido una Misa por la salud de nuestra Madre de Chantal, que hace diez ó doce días que su grave enfermedad me hace hacer oración sobre la tercera petición del Pater noster: *Fiat voluntas tua*. Estoy completamente sometido á la voluntad divina. Si le agrada llevarse á esta Madre, se la ofrezco; si quiere que se realice nuestra empresa, nos de-

(1) *Cartas de San Francisco de Sales*, 3 de Abril de 1611.

(2) *Memorias de la Madre de Chaugy*, p. II, cap. VII.

(3) *Fundación manuscrita de Annecy*, pág. 17.

jará materiales para ella; si no, los encerrará en un misterio eterno. Os confesaré, mi querido Padre, en razón de nuestro fraternal, paternal y filial afecto, que la providencia divina en este asunto me tiene lleno de admiración, pero con una cierta é íntima confianza de que lleva hasta el borde de la muerte, para que se verifique que mata para resucitar. Voy á concluir todos mis pensamientos con el *Fiat voluntas tua* (1).»

Por su parte, la Madre de Chantal admiraba á las Hermanas por la serenidad de su rostro en medio de grandes sufrimientos, y por su absoluta obediencia á las prescripciones y remedios, cuya inutilidad conocía mejor que nadie. Hacía ver con todo su brillo su humilde desasimiento, en el momento mismo en que veía hundirse lo que había sido tantos años objeto de sus más fervientes oraciones y de sus mayores y más dolorosos sacrificios.

Al mismo tiempo que Dios probaba á los Santos fundadores, el mundo principiaba á zaherirlos con críticas y burlas; pero esto no es de admirar, ni tampoco es cosa para quejarse, porque el mundo siempre es y será enemigo de Dios: fundar una Orden religiosa es crear un hogar de virtud, una fuente inagotable de abnegación para servir á Dios y á los hombres; es colocar en medio de la sociedad, un asilo en que el alma se recoja lejos de los vanos ruidos del mundo, se fortifique en la obediencia, se transfigure por la humildad, y muerta á sí misma, abrasada del puro amor de Dios, derrame alrededor suyo ese buen olor de Jesucristo, que atrae las almas hacia la virtud. ¿Será, pues, cosa digna de admiración, que los fundadores de las Ordenes religiosas hayan estado expuestos más que nadie á las calumnias, ultrajes y persecuciones más violentas? Esta es la his-

(1) Esta carta inédita no tiene fecha, pero la cita que de ella se hace en la *Historia manuscrita de la fundación de Annecy*, demuestra que es de esta misma época.

toria de San Benito, de Santo Domingo, de San Francisco de Asís, de San Ignacio, y debía ser también la de San Francisco de Sales y la de Santa Juana Francisca Fremiot de Chantal.

Se decía, pues, que estos principios eran como fuego prendido en paja; que era perder el tiempo ocuparse en una fundación de mujeres, como la que había hecho el Obispo de Ginebra; que lo que formaba era un hospital y no una congregación religiosa; que ciertamente no valía la pena de fundar una Orden religiosa para introducir la flojedad y la relajación; que el Obispo de Ginebra acababa de hacer un precioso descubrimiento, cual era el de ir al cielo por un camino de rosas sin espinas. Algunos graciosos de mal género llamaban al nuevo Instituto la Cofradía del Descendimiento de la Cruz, porque—decían—huyendo las religiosas de los padecimientos, habían bajado á Jesucristo de la Cruz.

Muchas personas de viso participaban también de estas ideas. Un día que San Francisco de Sales enseñaba á una de ellas una ventana que quería tapiar: «Bien hacéis, Ilmo. señor—le dijo—en hacer tapiar las ventanas, porque así como así no se ve luz en esta empresa.» El bienaventurado Prelado no contestó más que con un silencio humilde y una dulce mirada.

Sobre todo, durante las largas enfermedades de la Madre de Chantal, era cuando se aumentaban las hablillas y murmuraciones; en cuanto muera—decían—tendrán los padres que ir por sus hijas, y á la verdad que no valía la pena de hacer tanto ruido para cosa tan corta. Otros se propasaban mucho más; y este humilde asilo de inocencia, de humildad y de angélica pureza, era, por parte de los libertinos, objeto de abominables calumnias (1).

(1) *Relación manuscrita de lo que pasó en la casita de la Galería. Fundación inédita de Annecy, pág. 19. Memorias de la Madre de Chaugy, pág. 128.*

El Santo Obispo toleró primero estas saetas de lengua con su acostumbrada mansedumbre. Pero como podía temerse que hicieran algún daño á su obra, tomó la pluma, y desdeñando las calumnias que no miraban más que á su persona, dejando á Dios el cuidado de su justificación, escribió admirables páginas para la defensa de las Congregaciones piadosas. Respondiendo primero á los que no les parecía bien fundase una sociedad de doncellas y viudas, el bienaventurado hacía ver que si el hombre ha recibido de Dios autoridad sobre la mujer ésta le es igual en todo lo demás, y sobre todo en la participación de la gracia y de la gloria; que á la verdad, el pecado de Adán y Eva la dejó abatida y humillada, pero que Dios la elevó, queriendo nacer de ella, en la persona de la incomparable María Virgen, que la honró en Magdalena, en Marta y en las santas mujeres, á quienes permitió le acompañasen durante su vida, le asistieran en sus necesidades, le velasen durante su agonía y le amortajasen después de su muerte; que después de Jesucristo, los Apóstoles y Pastores de la Iglesia tuvieron un cuidado particular de las vírgenes y mujeres piadosas, visitándolas, confesándolas, y escribiendo para ellas magníficos tratados de perfección; que San Gregorio el Grande, que tenía muy cerca de tres mil vírgenes en Roma, decía que no creía que sin ellas hubiera podido Roma subsistir entre las espadas de los lombardos; que San Gregorio de Nazianceno las llamaba luz y honra del cristianismo, y que su corazón se llenaba de alegría viendo brillar estas estrellas bellas y puras en el firmamento de la Iglesia. En cuanto á la media clausura, que entonces observaba la Congregación, y que se criticaba como poco severa, pues que no impedía á las Hermanas salir para visitar á los enfermos, respondía humildemente el Santo Obispo, que en la casa de Dios hay muchas moradas; que la elevación y la dignidad de las unas, no impedía la uti-

lidad de otras más inferiores. Que las pequeñas, humildes y simples Congregaciones, no debían entrar nunca en comparación de igualdad con las religiones, ni tampoco las religiones en preferencia y con desprecio de estas pequeñas asociaciones; y que, en fin, Dios, que inspira á las águilas hagan su retiro en las cimas de las rocas inaccesibles, ha dado á los pajarillos el instinto de hacer sus nidos y retirarse á las matas y á los valles. Respecto al peligro que se suponía por no hacer votos solemnes, pues la Visitación no los tenía aún más que simples, respondía el Santo que no había género de vida que no tuviese sus inconvenientes; que la soledad solía engendrar melancolía, y la conversación engendraba distracción; que la ciencia era á menudo seguida de la vanidad, y la ignorancia de la terquedad; que la pobreza, en los monasterios de mujeres, traía consigo una solicitud muy activa, pero que también las riquezas solían abrir brecha para la pompa y relajación. «Las abejas en el invierno observan una clausura muy estrecha, y entonces son propensas á la sedición y á matarse unas á otras; mas en el verano salen á tomar el aire, y se extravían muchas veces. Si el andar nos cansa, el descanso nos entumece; y, en suma, queridas Hermanas mías, si el espíritu de devoción reina en nuestro Instituto, bastará á vuestra pequeñez para ser buenas siervas de Dios; porque donde la devoción no reina, las más estrechas clausuras no hacen almas unidas á Dios. Ciertamente sólo la vida eterna está exenta de inconvenientes (1).»

Sin duda, estas hermosas consideraciones no desvanecieron todas las calumnias, ni hicieron callar á todos los críticos, pero desengañaron á muchas personas ex-

(1) Este hermoso tratado no se ha impreso jamás, y tememos que se haya perdido; hasta ahora han sido infructuosas nuestras diligencias para encontrarle. El extracto que damos aquí está sacado de la *Historia inédita de la fundación de Annecy*, pág. 20.

celentes, que repetían estas críticas sin haberlas profundizado, y sólo porque las habían oído, y disminuyeron la audacia de los malévolos, lo que procuró un poco de tranquilidad á la Congregación naciente.

Un hecho brillante, que durante algunos meses preocupó vivísimamente á la pequeña ciudad de Annecy, contribuyó mucho á que se aplacase la oposición. Había en Annecy una señora muy piadosa, la Baronesa de Bouvillars, enferma hacia algunos años de una parálisis casi general que la impedía salir. «¡Ay—decía algunas veces al Sr. de la Roche, gobernador de la ciudad y padre de una de las Hermanas más jóvenes de la Visitación,—¿de qué me sirven todos mis bienes, viéndome privada de la felicidad que tienen los pobres de ser visitados por la Madre de Chantal y sus hijas?» Habiendo dicho á San Francisco de Sales los deseos y penas de esta señora, la escribió prometiéndola la visita que tanto deseaba. La Madre de Chantal fué, en efecto, con la Madre Favre á casa de esta enferma, y la Baronesa de Bouvillars, al verla, exclamó llena de alegría: «Este es el primer consuelo que he tenido desde que tantos dolores me tienen encerrada en mi cuarto, y me parece—añadió penetrada de fe—que Nuestro Señor ha venido á visitarme en la persona de sus santas siervas.» Desde este día la Madre de Chantal y sus hijas no dejaron de visitarla, y su presencia le fué tan provechosa, que resolvió hacerlas sus herederas. Pero nunca les habló de esto sino un solo día, en que al despedirse añadió: «Espero que algún día se verá cuánto es el afecto y amor que tengo á la Santísima Virgen y á sus queridas hijas.» Mas estas palabras tan poco explícitas, no fueron comprendidas por la Madre de Chantal, que se quedó muy admirada cuando, habiendo muerto esta virtuosa señora, vinieron al convento á decirle que las religiosas debían mandar hacer el entierro, pues el testamento de la señora Baronesa estaba

hecho á su favor. La Santa hizo se arreglase al instante, mandando hacer sus funerales como era justo y debido á su clase, virtud y opulencia.

Apenas concluyeron los funerales, cuando los parientes de esta señora principiaron á intrigar para que se anulase el testamento. Viendo San Francisco de Sales que había que pleitear, y á pesar de que el pleito, por testimonio del mismo Sr. Favre, no podía perderse, no quiso, sin embargo, establecerle diciendo «que no quería que sus abejas disputasen con las hormigas;» y mandó al monasterio ceder todos sus derechos. Pero no por esto se dejó de aplicar los sábados la Misa por la intención de la difunta, como lo había mandado en su testamento. Este rasgo de desinterés, tanto más notable cuanto que el monasterio estaba entonces falto de todo, hizo una viva impresión en toda la ciudad.

Por lo demás, si algunos criticaban á la Congregación naciente, otros muchos, más píos y más doctos, la aplaudían, y profetizaban mil bienes de ella y de su utilidad. El P. de Malachie declaraba delante de Dios que la señora de Chantal se mostraba á su espíritu como un sol que llenaba la Iglesia con su claridad. A los ojos del ilustre General de los Fuldenses, el P. Dom Sens de Santa Catalina, la nueva Congregación era tan elevada en amor como profunda en humildad, y no temía llamarla la perfección de aquel siglo. «¡Oh!—exclamaba el P. de Villars,—¡bendita sea la primera piedra de este edificio! ¡Cuán bien labrada está! El corazón de esta digna viuda es un mármol blanco bien cortado, cuyas virtudes honré en otro tiempo, y cuya santidad reverencio hoy... Me parece—añadía con grande exactitud—que aún faltaba á la Iglesia esta Congregación, y debe creerse que esta bendición se derramará de todos modos. Porque ¿qué faltaba á las doncellas sino esta medianía? ¿Qué necesitaban las viudas sino esta dulzura? ¿Qué podían desear las robustas y fervorosas sino esta

mortificación?» Otros muchos hablaban del mismo modo, y profetizaban á la Congregación un porvenir muy fecundo (1). Pero en todas estas cartas, conservadas con cuidado, casi no se alaba al nuevo Instituto sino por su dulzura, humildad y vida de recogimiento y de unión fervorosa con Dios; pero respecto al servicio de los pobres, inaugurado con tanto brillo por la señora de Chantal, no se habla una palabra. Esta primera aparición de las *Hijas de la Caridad*, admiraba é inquietaba á los más piadosos. Se podía conjeturar desde luego que esta nueva vida de forma religiosa no se establecería sin dificultad.

En estas circunstancias supo la venerable Fundadora la muerte de su suegro el Barón de Chantal. Había fallecido en el castillo de Monthelón, á la edad de ochenta y cuatro años, asistido por aquel religioso de la Tercera Orden de San Francisco, á quien al salir de Borgoña había confiado la señora de Chantal el cuidado de velar por su salvación, el cual, no habiéndole dejado, alcanzó que en su última hora detestase sus escándalos y terminase su vida con una muerte cristiana. Consolada un poco con estos pormenores, pero temerosa del estado en que dejaría la fortuna de sus hijos, la Madre de Chantal y el mismo San Francisco de Sales creyeron era necesario un nuevo viaje á Borgoña. Celso Benigno fué á buscar á su madre al mismo Annecy, y es fácil imaginar con qué gusto le volvería á ver su santa madre.

San Francisco de Sales le recibió por la noche muy tarde, al bajar del coche, y por la mañana muy temprano le envió á su madre con este gracioso billete, cuya amable y fina broma no extrañará nadie. «Yo seré el primero, me parece, que os anunciará, mi muy

(1) *Fundación manuscrita de Annecy*, pág. 21. (Véase el texto completo de las cartas del P. Dom Sens de Santa Catalina, del P. de Villars, del P. de Bonnavars, etc., etc.)

amada hija, la venida del querido Celso Benigno. Llegó ayer noche muy tarde, y nos costó trabajo detenerle para que no fuese á veros en la cama, donde indudablemente estaríais. ¡Cuánto siento no presenciar las caricias que recibirá de una madre insensible á todo lo que es amor natural! Porque creo que serán caricias extraordinariamente mortificadas. ¡Ah! no, querida hija mía, no seáis tan cruel; mostrad á este pobre muchacho, Celso Benigno, que estáis contenta con su venida; es menester no dar tan de repente muestras de la muerte de nuestra pasión natural.

»Sí, iré á veros si puedo, pero brevemente, porque al lado de objeto tan amable no podemos ser insensibles, y ya sabéis que la amistad baja más bien que sube. Me contentaré con no cesar de quererlos como á mi hija, mientras vos le amáis como á vuestro hijo, y os desafío á cumplirlo mejor que yo.»

Celso Benigno estuvo algunos días en Annecy, llevó á Francisca á Thorens con su hermana María Amada, y estando todo pronto para la partida, dejó juntas á las dos hermanas y volvió con su cuñado, el Barón de Thorens, para acompañar á su madre á Borgoña. La Santa, que llevaba en su compañía á la Hermana María Petra de Chatel, llegó felizmente á Monthelón, á fines de Julio de 1613, en medio de un gentío que recordaba el de 1610 y 1611. Encontró en el castillo á la miserable criada que durante nueve años la había tratado con tanta insolencia, y que estaba temblando, y esperando ser echada ignominiosamente. Pero la Madre de Chantal se fué derecha á ella, la abrazó, y la hizo una acogida tan amable, que todos bendecían á Dios. Tuvo bastante valor y dominio sobre sí misma para convidarla á comer, la habló largo tiempo de lo que había hecho su suegro después de su partida para Annecy, se hizo contar su cristiana muerte, y no acordándose de nada de lo pasado, sino de que esta mujer había servido al an-

ciano Barón de Chantal, la recompensó liberalmente. Esta, aunque se humillaba por una parte, por otra conservaba cierto aire de autoridad, que indignaba al joven Barón de Thorens. «¡Oh!—decía nuestra Santa para calmarle, riéndose dulcemente,—paciencia, esto no es nada; muy diferente está de cuando vivía mi suegro.»

Los negocios del difunto estaban en malísimo estado. Se habían dejado sin cobrar las rentas de muchos años, sin haber cuidado de que las pagaran los labradores. Para desembrollar este caos y ajustar todas las cuentas, se necesitaba mucha inteligencia y mucho tiempo. Desde por la mañana temprano, y después de haber oído Misa, la señora de Chantal bajaba á la sala grande del castillo, y allí, rodeada de papeles y arrendatarios, pasaba horas enteras llena de gravedad, de dulzura y fortaleza, sin turbarse ni impacientarse, y sin levantar la voz una vez más que otra, como lo atestiguaron en sus declaraciones una multitud de testigos oculares. Hubo un aldeano más insolente que los demás, el cual por sus mismos insultos hizo brillar más el juicio, modestia y santidad de la Madre de Chantal. Como era amigo de la criada, ésta, en el tiempo en que tenía la autoridad de ama de casa, le había prometido hacer escribir en el libro de las cuentas que había pagado todo lo que debía, aunque nada había satisfecho. Llamado por su turno, y convencido de que no había pagado nada, porque la criada se había olvidado de cumplir su promesa, montó en furiosa cólera contra la señora de Chantal, acusándola de haber arrancado una hoja. El joven Barón de Thorens, que estaba allí, indignado de tal atrevimiento, levantó el bastón para darle de palos. «¡Oh! hijo mío—dijo la Santa agarrándole del brazo y deteniéndole,—Dios nos perdona cosas mayores.» Y acercándose con dulzura al campesino encolerizado, le cogió del pelo, le hizo la señal de la Cruz en